

CUATRO FABULAS DEL MUNDO ANTIGUO

Por JUAN EDUARDO ZUÑIGA

Huelga de hambre en Roma

EL silencio se compra o se impone. Desde sellar los labios con un beso hasta introducir entre estos labios una buena cantidad de plomo derretido, existió siempre una extensa gama de sistemas eficaces para hacer callar a los que quieren decir algo inconveniente.

Desde remotos siglos, este querer acallar ha ido pisando los talones al querer hablar, y como dos hermanos envidiosos se han vigilado y han crecido uno en función del otro. Y su aversión tanto mayor ha sido cuanto que las dos tendencias han convivido y conviven en el ánimo de todos los hombres. Cuando este convencimiento se adquiere, irrita y origina un vivo deseo de olvidarlo.

Ambas tendencias ya se comprende que son irreconciliables, pero hubo un caso sorprendente en que una de ellas cooperó con la otra para aniquilarse y, lo que es peor, para cubrirse de «ridículo histórico». Nos referimos a lo sucedido al Emperador Tiberio con el historiador Aulo Crenuncio Cordo, episodio olvidado, pero que merece ser sacado a la luz para ilustración de rencorosos y recalitrantes.

Según se dice, el historiador Cordo había redactado unos Anales en los que se relataban sin paliativos hechos privados de la Corte de Roma e incluso elogiaba a Bruto y a Casio. No bien llegó a oídos de Tiberio, éste comprendió que debía evitar corriera de mano en mano, aunque ya corriese

de boca en boca, aquel cúmulo de datos sobre convulsiones políticas, pues la palabra escrita era, a ojos de ignorantes, como un documento jurídico, y eso podía dar naturaleza legal a las ilegalidades. Así que dio la orden de quemar el libro y de prohibir a Cordo que lo pasara a los copistas.

A éste no le quedaba otra opción sino callar. Hubiera sido muy arriesgado pedir ser recibido por Tiberio y atravesar los corredores del palacio habiendo escrito detalles de la vida palaciega, o recurrir a los jueces, y como, por otra parte, carecía por aquel entonces de la posibilidad de editar su obra en París, Cordo vio inutilizado su trabajo.

No obstante, no se resignaba. Día y noche maquinaba medios para oponerse a la orden. Se decía: «He de hacer algo para que esta orden se vuelva contra "él"».

Se estaba paseando por la pieza donde tenía sus papeles cuando llamó a la puerta su mujer y le rogó:

—¡Por todos los dioses, Aulio! Serénate y come algo, que llevas dos días sin alimentarte.

No bien oyó esto, Cordo vio resuelto su problema: aquellas palabras le habían dado la clave para oponerse a Tiberio. Decidió no comer nada hasta que la orden censoria no fuera revocada. Y de su posible muerte por inanición sería Tiberio el único culpable.

Tomada la decisión, no tardó en enviar dos esclavos suyos a que propagaran la noticia en el mercado, y también se la comunicó a sus amigos, que por ser escritores se encargarían de difundirla. Esperó sin comer bocado a que Tiberio se enterase, y a los cinco días tuvo mareos y le llevaron a la cama. A aquella misma hora le daban la noticia a Tiberio, que la oyó junto con las informaciones menudas de la ciudad.

—¡Qué gran estúpido! ¿Por qué se priva de la ternera con zanahorias o la perdiz de hierbas? —y habló de otras cosas.

Dos días después le volvieron a contar lo de la huelga de hambre, y él exclamó:

—¿Pero es en serio? ¿Hasta ese punto ignora que la orden de un Emperador es inamovible? Hice bien en prohibir su libro. Es un mal historiador.

Tiberio tenía en parte razón. Según se cuenta, Cordo gritaba a sus enemigos y familiares:

—El oprobio de mi muerte lenta caerá sobre su cabeza. Le convierto, quiera o no, en mi asesino.

Los familiares, sin comprenderle bien, le miraban atónitos. A sus amigos les replicaba:

—Dejadme. Sabrá que su orden ha costado la vida de un hombre.

Ellos insistían:

—El bien sabe que por cada orden suya mueren docenas de hombres. ¿Cómo va a preocuparse por la vida de uno?

Cordo sonreía enigmático.

—La mía es distinta a las otras. No me comparéis con los cristianos o los nubios. Yo... soy un historiador, un intelectual.

Entonces su hija se exaltaba, y volviéndose a todos decía:

—Ved a mi padre como ejemplo de discreción. Puesto que su mano es in-

te y se repusiese. Un primo suyo le aconsejaba:

—No te mates, Cordo; llega a un acuerdo con Tiberio: calla algo y él te dejará decir algo. Más vale decir un poco que callarlo todo.

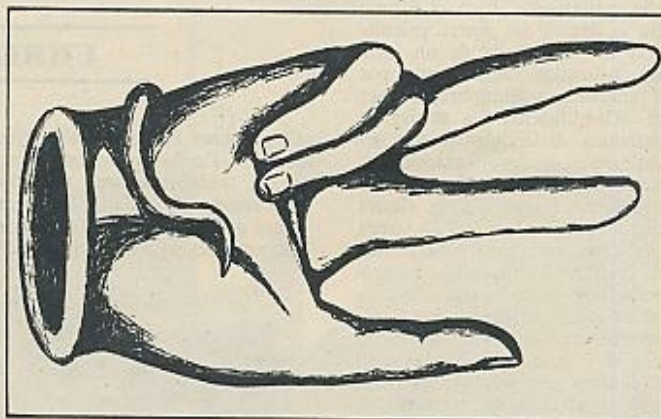
Su anciana madre le decía:

—¿De qué te sirve ahora toda tu ciencia? Deja de escribir libracos y aprende a envenenar las fuentes públicas o a hacer exorcismos con sangre de ahorcado. Eso es lo eficaz.

El razonamiento más agudo se lo hacía su suegro:

—Come y después escribe un libro exaltando a Tiberio. Así te necesitará como cronista suyo, y querrá pagar tu silencio y todo lo que sabes. Entonces, demuéstrale que eres incorruptible. Su pago será libertad para contar lo que quieras.

Agotaron todos los métodos de presión y argumentos racionales para convencerle de que con su actitud no ablandaría el corazón del Emperador.



capaz de herir a Tiberio, para contestar a su ofensa prefirió entregarse a Plutón, y así, con su muerte, romperá el corazón de su enemigo, le intranquilizará hoy y mañana le sumirá en la desesperación sin derramar una gota de sangre...

Cordo, con esas ilusiones, no se alarmaba al ir perdiendo fuerzas. Las voces se corrieron y llegaron al Emperador; éste dijo:

—¡Ah!, ¿sí? ¿Con que ya está a punto de morir? Pues me alegro mucho. Era un autor mediocre que elogió a los enemigos del poder, bueno es que desaparezca.

Tres días después, Cordo tuvo un síncope, aunque no tardó en volver a la vida, y al saberlo, Tiberio hizo un gesto de indiferencia. Un cortesano se atrevió a comentar:

—Mi opinión es que se encuentra tan avergonzado por su delito, que busca en la muerte su única expiación. Y sonreía con boca aduladora.

Otro le contradujo:

—Creo más bien que castiga duramente su estómago para tener más lucidez y el espíritu más sereno, y acrecentar su ataque al orden establecido.

El auriga de turno que estaba allí bostezando murmuró:

—El divino Tiberio no debe temer nada de uno que no come. Entra comida y salen palabras; no entra comida, las palabras se acaban.

En casa de Cordo los esfuerzos eran inútiles, tanto de familiares como de amigos, para que rompiera el ayuno

Al fin, un amigo de Cordo fue a su casa decidido a emplear las únicas armas que sospechaba podían traspasar su insensibilidad.

Pidió quedar a solas con él, y le murmuró al oído:

—Escucha lo que te voy a decir, Cordo. Tú sabes que los tiranos necesitan imponer el silencio en torno suyo, pero lo que parece ignorar es que precisamente difunden la muerte de sus enemigos como advertencia para los que no les son adictos. Con tu ayuno y tu muerte haces un favor a Tiberio: le confirmas como cruel e inflexible y todos le temerán más y le respetarán.

Los ojos de Cordo se entreabrieron y miraron al que así hablaba.

—Además, al desesperarte por su censura, descubres que le creías justo, y tanta benevolencia le atribulas, que nunca supusiste fuera a prohibirte una sola línea.

Cordo dio señales evidentes de vida; murmuró algo, pero su amigo continuó:

—La misma treta de tu ayuno revela que confías en que no te dejará morir y le crees capaz de horrorizarse por tu adelgazamiento.

El moribundo giró la cabeza y escuchó con atención.

—¡Qué ingenuo eres... creer que un tirano es un moralista! ¿No será que atribuyéndole tu moral quieras igualarte a él?

Estas palabras produjeron la reacción esperada. Cordo se incorporó y se encaró con su amigo. Este, con in-

tuición de psicólogo del siglo XX, exclamó:

—Obras como su fiel servidor: él ha dado una orden mandándote callar y tú vas más allá y te callas para siempre... Será que como tu obra le ha desagradado, te quieres castigar con el silencio de la tumba.

Tal como se podía sospechar, el historiador no pudo soportar más y rompió a hablar con gran esfuerzo:

—Sí, tienes razón: me haces comprender mi error. Pero, ¿sabes por qué lo he cometido y quedará para siempre como un mal historiador? Pues, porque en Roma manda un tirano. Y una tiranía crea hombres torpes y confusos, que son los que la hacen posible y la mantienen. Veo claro que un país está hecho de una materia moral homogénea, y todos, más o menos, vivimos sobre ella.

—Pero, Cordo, ¿tan parecido te crees a Tiberio?

—Sí; nos nutre la misma basura a todos. Por eso los amigos de Tiberio cuanto más poder tienen más se envilecen, y sus enemigos cometen errores estúpidos como el mío.

El amigo dijo:

—Es cierto que en una charca todos los peces saben a cieno, aunque algunos quieran saber a trucha, pero lo

que tú has hecho —quitarte la vida para crear un problema de conciencia a un enemigo— es una equivocación tan grave, que la Historia habrá de recordarlo.

Cordo dejó caer la cabeza. Murió fulminado por un momento de lucidez, sacrificado por su obstinación idealista. Así lo cuenta, bien que con misión más romántica, Séneca el retórico en su libro «Suasorium liber».

Dad a la ciencia lo que es de la ciencia y a Siracusa, lo que es de Siracusa

EN su tiempo, Arquímedes tuvo una gran oportunidad: la de ser arquetipo del intelectual moderno. Y no extrañará que nos remontemos a una figura tan antigua, pues el problema es denso y no se encuentran con facilidad posibles comparaciones, aparte de que siendo nuestro propósito aleccionador y moralizante, no recurrimos a los contemporáneos para no referirnos a tipos nebulosos, sino a personajes concretos. Y es así como, a la vez, estableceremos una vinculación con el pasado.

Cuando la Armada romana de Marcelo atacaba el puerto de Siracusa, el Consejo Municipal pidió a Arquímedes que ayudase con su ciencia a la defensa de la ciudad. Y un encargo tan honroso habrá que atribuirlo al gran prestigio de que gozaba el físico y a sus reconocidas dotes de imaginación, tan visibles en una localidad pequeña. Para él no fue tanto un compromiso como un mero acuerdo de mutuo interés. La verdad es que el intelectual no se compromete con su actualidad, sino que camina hacia una utopía en el sentido de que se entrega a ingeniar un proyecto ideal, una «Ciudad del Sol» química, situada en el futuro. Por eso es dudosa su obligación moral hacia cualquier Siracusa. Arquímedes atendía más bien a su propia subsistencia, porque el asalto a una ciudad en tiempos clásicos a todos amenazaba y no dejaba lugar a opción.

Gracias a Arquímedes se rechazaron varios ataques de las naves romanas, ataques que consistían sustancialmente en acercarse a las murallas lanzando alaridos y flechas. Fracasaron los

por la escasez de medios como cualquier observador realista podría presumir, sino porque en el puerto funcionaron unos artefactos o artificios de guerra con los que Arquímedes demostró su ingenio. Y lo consiguió; en contra de lo que podía preverse —siendo Arquímedes un estudioso de gabinete—, aquellos artilugios resultaron prácticos. Primero se usaron los serones flotantes cargados de astillas encendidas entre las que se había puesto un imán. Echados al mar, quedaban a merced de las olas, pero en cuanto los romanos blandían sus armas por fuera de la borda, los incendios eran atraídos, y al acercarse a las naves las incendiaban. Los romanos se encontraron con el dilema de que si querían mostrar las armas y blandirlas —como era costumbre obligada en la época—, se producía un incendio, pero si las guardaban en las bodegas, sus adversarios se reían de ellos.

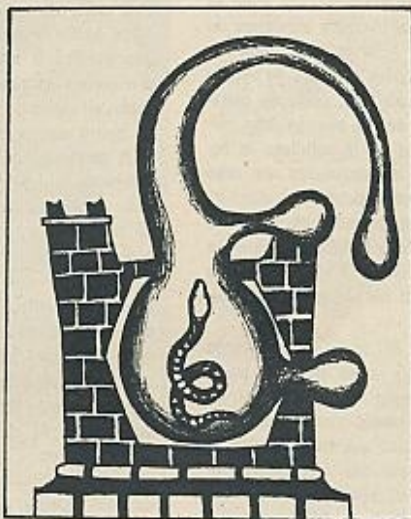
El segundo ataque fue más espectacular debido a otro sistema bastante científico basado en el principio que dio fama a Arquímedes. En el puerto hicieron una esclusa cuyo muro de contención estaba a unos cinco centímetros por debajo del nivel del agua. Cuando la primera nave romana lo atravesó, fue como si diera un salto para caer en el espacio estanco de la esclusa. Entonces, su peso desalojó igual cantidad de agua por unos conductos verticales, en cuyo final habían puesto grandes piedras. Estas, impulsadas por el agua, eran proyectadas al aire y venían a caer sobre las naves. Cuantas más naves entraban en el puerto cerrado, más pedruscos vo-

laban por los aires y precisamente utilizando la fuerza motriz del enemigo. No tardó el Ejército romano en quedar totalmente desmoralizado, y tuvo que retirarse ante la insistente pedrea.

Estos sistemas de defensa fueron muy celebrados y confirmaron la creencia de que un físico-matemático podía ser un buen militar si llega el caso de matar con imaginación.

Fusión tan ideal de las dos personalidades se nos antoja problemática. La escisión del intelectual era patente en Arquímedes como en cualquier otro pensador: necesitaba recluirse en la soledad para forjar su reflexión, pero a la vez le solicitaba el mundo y se sentía llamado a defender las Siracusas. Sin este contacto con el mundo no acumularía todos los datos para sus disquisiciones y hallazgos. Lo que le diferenciaba de otros profesionales, un ebanista o un orfebre, era precisamente que la gestación de su obra había de hacerla encerrado en su habitación, condición esta muy importante. Pero, no obstante, se le pedía que saliera de su aislamiento y fuera sociable y eficaz, forzándole a una dualidad de escasa garantía de éxito.

Un nuevo ataque tuvo lugar, y esta vez fueron los espejos metálicos los que entraron en juego. Al reflejar sobre las naves enemigas los rayos del sol, éstos aumentaron al doble el calor de un verano siciliano: todo parecía arder, las armas no se podían tocar y los cascos de hierro servían tan sólo para abanicarse. Agotadas las reservas de agua, deslumbrados y sudorosos, los atacantes se retiraron nuevamente.



La amenaza, sin embargo, no estaba conjurada. Esperaba la ciudad más ataques, pero depositaba sus esperanzas en el talento de Arquímedes. En aquel entonces no había una noción clara de quién era éste; nosotros sí sabemos que era un intelectual y que por tanto la reflexión prefijaba su comportamiento. El uso de la mente le definía como las piernas definen al corredor. La incógnita está en si forzosamente a una etapa de dedicación mental sucede otra de acción en el mundo.

En determinado momento, Arquímedes quedó absorto, pensativo, y se le vio hacer anotaciones en una pizarra. Poco después dio unos pasos y emprendió el camino de su casa contemplando atentamente el suelo que pisaba. Algunos lugartenientes le rogaron que permaneciese en el puerto, pero él no atendió. Iba despacio, olvidado de todo lo que había hecho las últimas semanas. Su amigo Sturos se le acercó para recordarle lo convenido.

—No te vayas ahora, Arquímedes, espera hasta el final. Sin ti no podremos defendernos mucho tiempo...

—Voy a casa a poner en orden unas ideas... a apuntar unas ecuaciones. Si no, se me olvidan.

—¿Ecuaciones ahora? Eso es puro escapismo.

—Si no las dejas escritas se pueden perder, son importantes, casi fundamentales para la ciencia futura.

—Pero los romanos van a atacar de nuevo. Si no salvamos la ciudad, toda la ciencia se perderá y no te servirá de nada.

—Volveré pronto.

—Pero sé consecuente, Arquímedes.

no calgas en el defecto odioso de la versatilidad. Tú eres nuestro experto: se te puede pedir continuidad.

—Si soy útil es porque reflexiono e ideó, no porque esté toda la jornada conduciendo una batalla.

—Pero la reflexión no es un fin. Mediante ella tú llegas a hacer algo, a ponerlo en práctica.

—No, querido Sturos, eso es tarea de los técnicos; el intelectual es una máquina pensante que lega a los demás las sugerencias para la acción.

El diálogo duró unos minutos más. Arquímedes se fue a su casa y allí se sumergió en la tranquila atmósfera de sus cálculos. A la mañana siguiente, en todas las calles cercanas se oyeron blasfemias y alaridos, ruido de carretas y golpes en las puertas. Una mayor percepción de lo cotidiano le hubiera avisado a Arquímedes que eran señales inequívocas de que los romanos habían entrado en Siracusa. Pero Arquímedes estaba entregado a sus experimentos: había prestado oídos al canto de sirena de su vocación.

Al parecer, del techo había colgado un bramante y a su final un anillo de oro que venía a oscilar encima de una bolsa de vidrio mantenida por la columna de vapor que se escapaba por un embudo invertido que recogía el vaho de un recipiente de agua hirviendo. El anillo giraba y Arquímedes seguía atentamente sus evoluciones.

Tan atento estaba que no oyó cómo derribaban a patadas la puerta de su casa y hombres armados subían por las escaleras. Cuando aparecieron en su habitación, él no volvió la cabeza.

Una voz le gritó: «¡Ven con nosotros!», pero no contestó. La extrañeza hizo que los soldados romanos se acercaran, y como vieran el anillo de oro y otros adminículos de aparente valor, pusieron una mano sobre el hombro del sabio. Pero éste se limitó a murmurar:

—La trayectoria del círculo en función de la temperatura...

Entonces, al oírse estas palabras, fue cuando una espada le pinchó el cuello y penetró profundamente, hasta salir la punta por el otro lado.

Los historiadores no están de acuerdo sobre el móvil de aquella muerte. Lo atribuyen a no haber obedecido a los soldados o a la inclinación de éstos por los objetos áureos, pero nosotros daríamos una parte de responsabilidad a la perplejidad que originaría a los romanos la visión de aquel hombre en actividades tan sorprendentes mientras la ciudad era invadida.

El intelectual siempre parece condenado a estar amenazado por la perplejidad ajena. Muchos de los que le contemplan quedan perplejos al no poder movilizar la mente y comprender las muestras inasequibles de la imaginación. No concilian las dos imágenes exigidas al intelectual: la de creador de fantasías y la de hombre de acción, causa por la que cualquier día le atraviesan la garganta con armas físicas o mentales.

Miles de ojos vacíos

¡QUE vulnerables han sido los ojos humanos!

Peligros incontables les han acauchado, y por su misma fragilidad han sido objeto de constantes ataques. En cuanto arrebata una guerra, una conjura, unos odios o un desdén, los ojos —los bellos y delicados ojos de algún hombre o mujer— eran rajados con puntas aguzadas, o salpicados de ácido, o carbonizados al contacto de un hierro enrojado.

En apariencia se ha dado poca consideración a los ojos. A los del prójimo, queremos decir. Pero la verdad es otra. La furia humana tendió espontáneamente a golpear el corazón o los ojos, y así equiparó en importancia a los dos órganos que es preciso paralizar en el adversario.

La cólera se ha vuelto contra los ojos; la envidia, el rencor, el despotismo, han sido enemigos de los ojos acusadores. Al dictarse sentencia se condenaba no a un cuerpo humano, sino a dos globulillos de materia blanda, de aspecto acuoso, de irisaciones delicadas, pero de inquietante fijez.

La Historia guarda el recuerdo de una condena de ceguera colectiva en el siglo X, época lejana que justifica en parte tal decisión, ni la primera ni la última. Siempre fue un castigo habitual, y a veces, incluso, al que esperaba la última pena se le cegaba previamente. No sólo para hacerle sufrir, porque otros métodos había más eficaces, sino como operación específicamente vengativa: antes de entrar en la muerte se le privaba a aquel hombre de la vista, acaso para hacer

mayores sus tinieblas o acaso para que no siguiera viendo desde el otro mundo y que su aspecto no contemplase a sus verdugos con fijas pupilas de eterna reconvencción.

La mirada ajena va fotografiando nuestras actos, que ya no podemos negar: hemos sido vistos, y esto da carácter público e histórico a lo que hemos hecho y que quisiéramos que nadie supiera. Por eso el ojo ha sido perseguido, porque era un motivo más de angustia, de recelo. El ojo divino, encerrado en un triángulo, aparece en el cielo en momentos terribles, según se ve en las láminas de los libros piadosos. En los azulejos de los muros de un palacio asirio aparece un ojo enorme que contempla alguna monstruosidad. Una mano acerca disimuladamente un pomo de veneno al borde de la copa destinada a un magnate; pero unas pupilas reconcentradas la detienen con la fuerza de su orden muda. En el momento en que un dictador firma el acuerdo con la Fruit Company, un reportero le enfoca con su cámara. El general levanta la cabeza alzado, teme que la fotografía se divulgue... Ante él, ante todos ellos, el ojo inexorable de durísimo vidrio y bordes de acero fulmina el egoísmo, el grave delito que resume todos. La rechoncha figura cubierta de condecoraciones o las manos manchadas por haber torturado, o robado algo, o engañado, o depravado, quedan reflejadas en el cristalino, miniaturizadas con todos sus detalles, del que no se borrarán jamás. La más perfecta y prodigiosa cámara, con su memoria automática,

ha ido siguiendo y archivando todos los movimientos que el ser humano hizo desde que era una medusa acuática.

Lo comprobamos con el proceder de un Emperador griego. Después de una batalla entre búlgaros y bizantinos, en la que la suerte socorrió a estos últimos y le dio la victoria, el Emperador Basilio II mandó cegar a los prisioneros. Acaso no sería demasiado aventurado pensar que el «basileus» había deseado alguna vez cegar a todo el mundo, a sus propios súbditos, para que él y su dominio, donde estaba su familia, sus favoritos, las dádivas y las venganzas, los negocios y las torturas, no tuvieran más testigos en adelante. Habría deseado acabar con los ojos que a hurtadillas vigilan la alegre impunidad del gobernante.

Casi se comprende el odio que han suscitado los ojos. Qué temidos fueron. El primer impulso ha sido cerrarlos, no sólo para que no vean más, sino también para que no hablen con su inigualable locuacidad.

Suponemos que el Emperador dio la orden respecto a los soldados búlgaros por altas miras estratégicas. Hubiera podido sencillamente dar muerte a todos, pero no lo hizo porque quiso conseguir un efecto psicológico sobre el país enemigo. Casi una jugada diplomática, y les mandó cegar.

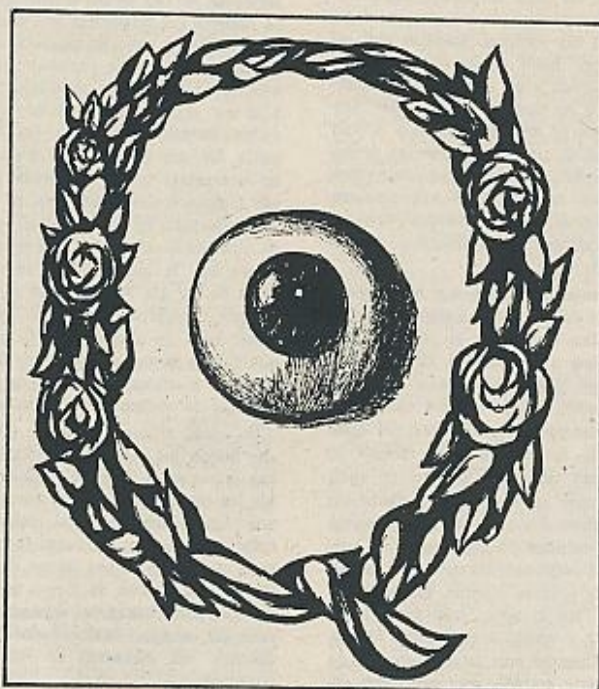
Cientos de hombres, uno a uno, fueron conducidos hasta una tienda de campaña, y estando dentro se oía un alarido que después seguía y seguía cuando aquel hombre era llevado al grupo de los suyos. Durante horas se oyeron lamentos y se veía a hombres tirados en el suelo, pateando y con las manos cubriéndose el rostro.

Por cada veinte ciegos, uno fue dejado tuerto. Les conservaron ese resto de vista para que gulasen a sus compañeros y pudieran regresar a Bulgaria.

Se formaron escuadras y se les dio la orden de marchar. Cogidos de las manos, aún manando la sangre por sus mejillas, entre lamentos y quejidos, emprendieron el regreso por los vericuetos de las montañas de Tracia.

Las crónicas cuentan que se dirigieron hacia el lugar donde estaba el Zar Samuil. Debieron marchar bastantes días, no sabemos a costa de qué sufrimientos. Muchos se quedarían en los caminos, caerían por los precipicios y de ellos se encargarían los lobos. Pero al fin llegaron. Se presentaron frente al palacio y entraron en el patio. El Zar fue avisado de aquellos visitantes que no esperaba. Corrió a una ventana para verlos, contempló el espectáculo de la multitud muda, comprendió la iniquidad que habían sufrido y su corazón dejó de latir. Aferrado al alféizar de la ventana, fue cayendo lentamente al suelo.

No bastaba la crueldad en sí; el «basileus» griego perseguía otras más refinadas: no sólo inutilizaba para la guerra a aquellos hombres, sino que les reducía al silencio, porque el re-



lato que pudieron hacer de la batalla, de lo que habían visto, no tendría la fuerza convincente sin los ojos que diesen su intensidad a las palabras. No les creerían por sus voces de ciego, por su comunicación dirigida hacia dentro, sin que las pupilas obliguen al interlocutor a escuchar.

No obstante, cuando nos imaginamos la figura del Zar búlgaro cayendo fulminado en el borde de la ventana, percibimos la mayor crueldad, que él debió entender por lucidez. Samuil comprendió lo que le había querido preconizar su imperial enemigo: que gobernaría súbditos ciegos, los peores súbditos que puede tener

un monarca. Y el Rey de tales súbditos también participaría en esa inutilidad y estaría condenado a igual aislamiento y ceguera.

El malvado «basileus» condenaba a Samuil a gobernar hombres incompletos, la peor afrenta que cabe a un soberano. Este precisa de entenderse con sus gobernados, crear con ellos la obra común, sentirse odiado o admirado, pero no rodeado de indiferencia, de desidia y de ojos vacíos como tienen los súbditos a los que se les ha negado o arrebatado la visión política. Basilio II anticipó formas modernas de gobierno en la barbarie de su decisión.

Las benéficas aguas del olvido

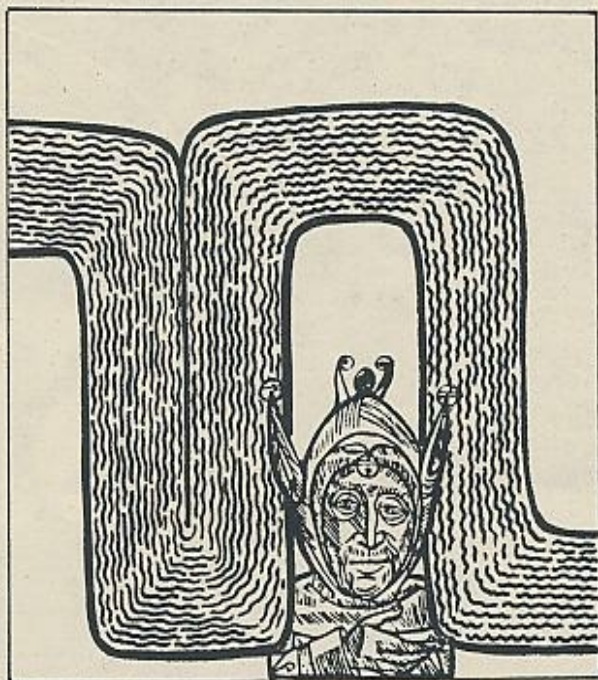
NO renegamos del olvido. Esta cualidad nos deja libres para ir a nuevos caminos y pisar los andados sin reconocerlos. No renegamos de olvidar algo cada minuto y que las sombras de lo que supimos se alejen para siempre hacia nuestras espaldas. Gracias a nuestro olvido otros ignoran lo que a ellos también les haría sufrir. De saberlo, no tendrían que esforzarse saludablemente en aprenderlo.

Alegremonos de olvidar. Incluso los encargados de conservar la Historia también a veces se trascuerdan de hechos que ensombrecieron inútilmente nuestros corazones. Y, además, ¿de qué puede servirnos saber las penas o alegrías ajenas si no son reflejo de las nuestras? ¿Para qué tendríamos que acumular un archivo infinito de recuerdos triviales que con el tiempo perderían importancia? ¿Para qué conocer, por ejemplo, los hechos menudos de un personaje o las peripecias de un reinado, pongamos el de la Emperatriz Ana de Rusia? ¿Podría alguien convencerse de que esta remota figura hizo algo que nos afecta? No, no es posible, y aunque así fuera, mejor será no saberlo. Tantos datos nos sujetarían con su larga cadena a un pasado siempre digno de olvido. No en balde los antiguos soñaron aquel río cuyas aguas tenían el don de lavar las memorias. El hombre, en la frágil barquita, navega a lo largo de sus orillas, y según descubre nuevos paisajes va olvidando los vistos. Río Leteo, el que todos surcamos gozando su benéfico influjo, ¿qué sería de nosotros sin el roce de sus ondas?

Pues supongamos que nos acordá-

semos minuciosamente del reinado de la Zarina Ana. Entonces, todo lo ocurrió en Rusia a mediados del siglo XVIII lo tendríamos presente, se mezclaría con nuestras vidas actuales y vendríamos a caer un día en la excentricidad de comentar como algo totalmente normal las diversiones de aquella Emperatriz. No los graves problemas de gobierno, o la actuación de sus embajadores, o su guerra con Turquía, sino la nimiedad de los entretenimientos preferidos por la agusta señora en las interminables horas de aburrimiento. Despreocupada de asuntos oficiales, se divertía con burdas obras de teatro o jugando a las cartas vestida con una bata y un pañuelo al cuello. Montaba a caballo, tiraba al blanco o disparaba a los pájaros desde las ventanas del palacio. Era tal su afición a los colores claros, que los dignatarios de la Corte debieron vestir casacas rosa o verde pálido.

Se sabe que disponía de seis bufones, que serían, sin duda alguna, ejemplares singulares para haber merecido el honor de la convivencia con Su Alteza Imperial. Tres de ellos eran de origen noble; había también un judío portugués, Lacosta, y un italiano, Pedrillo, sus favoritos. Se divertía en verlos pegarse entre sí, saltar, decir inconveniencias y ser la confirmación constante de que el resto de la Corte y ella misma no eran así. Junto a los enanos había grandes espejos traídos de Alemania, hacia los que Ana volvía sus ojos para contemplarse —bella imagen real— y asegurarse de que era lo contrario de lo que por alguna causa, sospechaba. Su mayor diversión era ver cómo los bufones se ponían en fila, de cara a la



pared, y uno de ellos les daba un golpe en las corvas para que cayesen en posturas festivas, que la Zarina celebraba con grandes carcajadas. Una vez, uno de los bufones estaba algo enfermo y no quiso acceder al juego. Como castigo, se le azotó de tal manera, que no pudo moverse de la cama en dos días.

Entre los servidoras había una vieja kalmuka de fealdad extremada, pero capaz de hacer visajes y gestos que parecían a todos muy graciosos. Como es cierta ocasión dijera que le agradaría casarse, la Zarina quiso complacerla, y al día siguiente anunció a uno de sus bufones que iba a desposarlo con la sirvienta. El enano era noble, un príncipe Galtzin, porque también en las familias aristócratas los hay deformes, pero una orden de la Emperatriz era inapelable y tuvo que obedecer.

La boda se celebró con toda pompa, como una gran solemnidad. Se formó un cortejo de cerdos, asnos, cabras, ciervos, bueyes, montados por representantes de los pueblos del Imperio ruso vestidos con sus trajes típicos, según el ceremonial folklórico que entusiasmaba a los que no se ocupan para nada del pueblo. La pareja de novios iba en lo alto de un elefante. La comitiva recorrió las calles de San Petersburgo y se detuvo en el palacio de un príncipe, donde se sirvió una comida de platos exóticos, tras lo que se organizó un baile.

Fieles a nuestra exaltación de olvido, olvidábamos decir que esto ocurría en enero, y que cumpliendo órdenes de la Zarina, se había construido cerca del palacio de Invierno un pabellón con bloques de hielo unidos por medio de agua caliente. El pabellón se componía de cuatro habitaciones: una de ellas era la cámara nupcial, donde había una cama de hielo con almohadas y ropas de la

misma materia. Al llegar la noche, la alegre comitiva volvió a formarse, y llevó a los recién casados a su nueva casa, resplandeciente a la luz de las llameantes antorchas. Allí fueron dejados, y las crónicas detallistas recuerdan que la Emperatriz ordenó poner guardia en la puerta y en las ventanas para que nadie saliera o entrara. También los cronistas añaden el comentario, casi jocoso, de que la pareja pudo sobrevivir a aquella prueba del hielo.

No, memoria, detén tu inagotable manantial y no informes de la larga noche de aquellos dos seres, la vieja de los horribles visajes y el mono noble... ¿Para qué mantener remotos residuos del pasado, que únicamente irían a recargar nuestro pensamiento y a hacer más crispada la mueca de los labios? Porque nosotros, surcando el Leteo, recordamos tan sólo como quien ve una fotografía antigua y desvaída. La frágil memoria permite tenues rastros de la realidad. Pero otra memoria omnipotente, al inundarnos con sus riquezas, nos haría vivir eternamente la lúgubre escena: se alejaría el ruidoso cortejo, las antorchas se apagarían poco a poco, el viento helado de la noche soplaría en aquellas habitaciones vacías... Los dos se mirarían tan distantes y ajenos, unidos en una aventura cuyo único horizonte era el terror de la helada nocturna. En el silencio de aquel lugar extraño carraspearían o toserían, sin comprender del todo lo que hacían allí o lo que tendrían que hacer. Quietos, envarados por el frío, contemplarían las paredes de hielo, sus brillos al reflejar las hogueras de los guardianes, y su memoria buscaría un recuerdo semejante...

Sí, eso es, olvido: escapa hacia tu lejanía y déjanos en la ignorancia; deja que sigamos atentos al futuro en la proa de nuestra barca. ■ J. E. Z.